



v14, n2, 2017
Maio-Agosto
Dossiê Biopolítica

CAPITALISMO Y GUBERNAMENTALIDAD NEOLIBERAL: EL “EMPRESARIO DE SÍ MISMO” COMO FIGURA EXTREMA DE LA SUBSUNCIÓN [CAPITALISM AND NEOLIBERAL GOVERNMENTALITY: THE “SELF-ENTREPRENEUR” AS EXTREME FIGURE OF THE SUBSUMTION]

Cuauhtémoc Nattahí Hernández Martínez

Doctor en Filosofía y Profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad de Guanajuato, México.

E-mail: nattahiher@yahoo.com.mx

RESUMEN ABSTRACT

Antes que una ideología o un mero recetario económico, el meollo real del neoliberalismo fue para Foucault del orden de las prácticas y estrategias de gobierno. Bajo esta manera de entenderlo, lo que a continuación llevamos a cabo son esencialmente tres cosas: ensayamos una lectura de la gubernamentalidad neoliberal en términos de la categoría marxiana de subsunción, analizamos al neoliberalismo como un proyecto de sociedad y como un proyecto de clase y reconstruimos críticamente algunas de las aristas más importantes de la figura del empresario de sí mismo, a partir de lo alcanzado en los apartados anteriores.

Before as an ideology or a simply economic recipe, the real core of neoliberalism was for Foucault the order of government practices and strategies. Under this way of understanding it, in the next we essentially develop three points: we analyze the neoliberalism as a society project as well as a social class project, we test a reading of the neoliberal governmentality in terms of the Marx's category of subsumtion, and we rebuilt critically some of the most important edges of the self-entrepreneur figure.

PALABRAS CHAVE KEYWORDS

Capitalismo; Biopolítica;
Gubernamentalidad; Neoliberalismo;
Empresario de sí mismo

Capitalism; Biopolitics;
Governmentality; Neoliberalism;
Self-entrepreneur

Introducción

Plantear la articulación entre el neoliberalismo y la biopolítica supone abrir un espacio para el trabajo analítico más allá de la repetición de los clichés de la crítica al uso, esto es, más allá de la archí-conocida crítica al adelgazamiento del Estado de bienestar o de la crítica estandarizada a las reformas privatizadoras. Supone asumir que nuestras sociedades son biopolíticas y que están producidas y regidas por dispositivos de poder que logran imponer que se viva de una cierta manera.

En el marco analítico de las directrices del biopoder que, a decir de Foucault, se ha esmerado desde la segunda mitad del siglo XVIII por gestionar, administrar y controlar la vida,¹ el enfoque biopolítico del neoliberalismo nos abre un camino teórico en el que éste es menos un programa impuesto por elites externas a una sociedad inerte para su propio beneficio, que una serie de prácticas y estrategias de gobierno. Así entendido, el neoliberalismo, no sólo hace referencia a las consabidas reformas privatizadoras y el adelgazamiento del Estado de bienestar, a la fragilización de la relación salarial y del empleo formal, a la consolidación de los medios postfordistas de trabajo y el trabajo inmaterial, sino además hace referencia a la aparición y consolidación de una forma de *gubernamentalidad* enteramente nueva.

Antes de la aparición de las diferentes teorías del postfordismo, de las ideas de la acumulación flexible y la desregulación laboral o del capitalismo desorganizado y la financiarización de la “economía real”, Michel Foucault justo intentaba mostrar que el neoliberalismo, no es el regreso alegre a las anquilosadas teorías liberales del siglo XVIII y XIX europeos, sino que es -antes que nada- una gubernamentalidad completamente distinta a la típicamente liberal.

Desde esta perspectiva, el neoliberalismo, antes que ser una ideología o un estricto programa económico, es un modo de gobernar la vida social e individual. Analizar el neoliberalismo, en este sentido, como una racionalidad gubernamental, implica atender cómo se organizan y estructuran, no sólo las acciones estatales, sino también el comportamiento de los gobernados. Fue justo en este sentido que Foucault pensó el poder político, lo analizó en términos de racionalidad, de prácticas y estrategias. Antes que una declaración de valores y principios o un mero recetario económico, el *meollo real* del neoliberalismo es del orden de la práctica, la estrategia y la racionalidad con las que se *gobierna* la realidad. Es por ello que estimamos, de entrada, que el enfoque biopolítico de la gubernamentalidad neoliberal nos puede proporcionar elementos para analizar cómo es que somos gobernados en el presente.

Por cierto, Foucault no desarrolló una teoría de la gubernamentalidad, así como no lo hizo del poder o del saber, sino una perspectiva de análisis que respeta la propia especificidad de las prácticas políticas, que no las reduce a las relaciones sociales de producción ni las lee bajo el prisma mecanicista del funcionalismo.

1 O, dicho de forma más precisa, ya desde el siglo XVII, si tenemos en cuenta que las disciplinas (la “anatómo-política del cuerpo humano”) constituyeron la primer articulación de la economía moderna del poder centrada en la administración y control de la vida (Cf. Foucault, 2002, 168 y ss).



En lo que sí hizo hincapié Foucault fue en que la racionalidad del dispositivo neoliberal obedece a la lógica del *mercado de competencia* y que la racionalidad gubernamental sólo se entiende en relación a la economía capitalista. En este sentido, creemos que, incluso más allá de los planteamientos del propio Foucault, los aportes del enfoque biopolítico sobre la gubernamentalidad neoliberal nos proporcionan elementos para atisbar otro proceso y otra lógica que escapa al campo de visión que permite tal enfoque y que tienen que ver con la *subsunción* de la sociedad al capital y con la imposición de la racionalidad económica como lógica informante hegemónica de la totalidad social. Lo que necesariamente nos obliga a ampliar el esquema foucaultiano: el neoliberalismo ya no es solamente una articulación concreta entre el Estado, el mercado y la población. Hace falta introducir a la economía del capital en la ecuación. En este sentido, la de Foucault, es una perspectiva que permite alcanzar ciertos propósitos, pero no lo explica todo y, por ello, debe ser usada en conjunción con otras perspectivas y herramientas de análisis. Aquí, consecuentemente, hacemos acompañar a Foucault con Karl Marx.

La hipótesis que planteamos a continuación es que el neoliberalismo es una *constelación* concreta entre esas cuatro figuras del espacio analítico; un modo en que se despliega la articulación entre el Estado, el mercado, la población y la economía capitalista. Lo que adelantamos a continuación a este respecto es un argumento provisorio y especulativo, antes que empírico y concluyente. Pero aun así, nos esforzamos por desmarcarnos de esa narrativa abstracta omniexplicadora que se acostumbra. Lo que tratamos de esbozar, en todo caso, es una serie de reflexiones e indicaciones sobre cómo el neoliberalismo, no es sólo la extensión de la racionalidad de mercado hacia la sociedad ni únicamente una tecnología de dominación sobre los hombres y la población, sino lo anterior al interior del establecimiento de un nuevo entramado entre el Estado y la economía del capital.

Bajo esta hipótesis, lo que nos interesa sobre todo es pensar *el sentido* y *el alcance político* de la teoría del capital humano. Foucault, como se sabe, concluyó que el neoliberalismo resulta ser toda una transformación que sufre la propia sociedad. La teoría del capital humano como característica distintiva del neoliberalismo norteamericano, precisamente, estuvo llamada a ser un mecanismo reconstructor de la sociedad y no sólo una manera de ser. Hacia el final del texto tratamos de seguir a Foucault en el análisis crítico que hace de esta teoría y tratamos de reconstruir algunas de las dimensiones y aristas que conlleva esa figura del “empresario de sí mismo” de la biopolítica contemporánea, a partir de una *mirada de paralaje* que nos permita analizarla desde lo que hemos alcanzado en los apartados anteriores.

El neoliberalismo o la subsunción del Estado al capital

El telón de fondo de las investigaciones de Foucault es la historia del capitalismo, como bien dice Edgardo Logiudice, lo que se cumple tanto en el caso de las disciplinas como en las investigaciones dedicadas a la biopolítica. Una lectura atenta de los últimos cursos que Foucault dio en el Colegio de Francia muestra la estrecha relación que tejió entre el desarrollo del capitalismo y sus investigaciones biopolíticas dedicadas a la medicina



social, la seguridad o a las formas y prácticas de gobierno (neo)liberal. En este sentido, la hipótesis que planteamos a continuación no es enteramente extraña a los planteamientos de Foucault, sobre todo a la vista de que para él hay una conexión intrínseca entre el capitalismo y la biopolítica, por más que ésta no sea visualizada con suficiencia por los estudiosos de su obra.²

Si la biopolítica es condición de posibilidad para el desarrollo histórico del capitalismo, eso quiere decir que sólo adquiere su pleno sentido a la vista del proceso capitalista de reproducción social, esto es, que es un proceso o una serie de procesos históricos que se dan estratégicamente en la articulación entre producción y reproducción social. A la vista de esto, la idea que queremos adelantar es que con el neoliberalismo nos enfrentamos a un Estado *realmente subsumido* al capital.

La noción latina de “subsunción” fue un término utilizado por Marx para aludir al fenómeno de sometimiento y subordinación del proceso de trabajo inmediato bajo el capital (Veraza, 2008, 9). Inicialmente, los burgueses se apropiaron del proceso de trabajo tal como lo encontraron heredado de las sociedades anteriores, pero conforme los capitalistas fueron introduciendo modificaciones y perfeccionando tecnológicamente y organizativamente el proceso de trabajo, la realidad interna de este proceso se vio transformada en un sentido capitalista. Mientras el primer sometimiento fue externo, en el segundo momento la realidad interna del proceso de trabajo quedó sometida al capital, en el sentido de que ahora la realidad interna del proceso de trabajo llegó a ser funcional a la explotación de plusvalía (Veraza, 2008, 9 y ss)³.

Ahora bien, aquí cabría la posibilidad de utilizar la noción de “subsunción” para dar cuenta de cómo se va configurando el capital como la relación constitutiva y hegemónica de las sociedades en las que impera el modo de producción capitalista, esto es, para dar cuenta de cómo el capital ha llegado a ser la relación constituyente y constitutiva de lo social (Castillo, 2002, 3), a través de la “capitalización” (las comillas tienen su importancia) de múltiples instancias que le son totalmente ajenas y heterogéneas en un principio, para seguidamente hacerlas formar parte constitutiva de su composición orgánica y favorecer, de este modo, su autovalorización.

El proceso de subsunción, tal como lo entiende y desarrolla Marx, tiene su núcleo fundante en la subsunción formal y real del proceso de trabajo al capital, pero conforme el proceso de acumulación va desarrollándose adquiere más potencia para someter otras esferas de la vida social externas al proceso de trabajo, hasta el punto en que el capital como formación particular sobre-determina todas las formaciones alternativas, así como los estratos no económicos de la vida social.

2 Anteriormente, por nuestra parte, hemos llevado a cabo un primer intento por articular y vincular el sometimiento de la vida con el despliegue y la dinámica del capitalismo. Cf. Hernández (2012).

3 En la subsunción formal la fuerza de trabajo se consolida como mercancía y las condiciones técnicas de producción continúan siendo relativamente similares a las del periodo artesanal; pero en la subsunción real se instituyen nuevos modos de producir valor revolucionando las condiciones técnicas y sociales del proceso de trabajo. Cf. Castillo (2002).



La categoría marxiana de subsunción permitiría, en este sentido, un abordaje y una lectura dentro de un marco teórico más amplio y comprensivo de los planteamientos de Foucault sobre la gubernamentalidad neoliberal. La subsunción es un proceso global que no sólo ha subordinado formal y realmente el proceso de trabajo al capital, sino también otras dimensiones y esferas, entre ellas el Estado, han sido subordinadas al capital, en el sentido de que han sido establecidas como condiciones para la reproducción de la sociedad capitalista y han terminado por favorecer el movimiento sin fin del acrecentamiento del valor. Es en este sentido en el que planteamos que con el neoliberalismo asistimos a un Estado realmente subsumido al capital, en el sentido de que se ha convertido ya en un estrato activo que favorece y asegura con su propio movimiento las condiciones del mecanismo de la valorización del valor.

Esta manera de leer las cosas tiene como premisa esencial que hoy nos enfrentamos a un Estado que gobierna biopolíticamente a la población y a la vida (por fuera del proceso de trabajo) para la consecución de objetivos económicos, esto es, a un régimen gubernamental que se despliega biopolíticamente *en beneficio* del mercado y el capital. Esto, a nuestro juicio, Foucault lo tenía bastante claro cuando al final de la Clase del 7 de enero de 1979 dice: “[En el neoliberalismo] [e]s preciso gobernar para el mercado y no gobernar a causa del mercado” (Foucault, 2012, 154).

Con lo que nos enfrentamos hoy, es a un gobierno biopolítico desplegado para asegurar realmente la economía de competencia. Si el liberalismo clásico figuraba como un arte de gobernar que se autoimponía el mercado como principio de autolimitación, bajo la forma del “dejar hacer” (*laissez-faire*); lo que tenemos con el neoliberalismo es una forma de gubernamentalidad que interviene sobre la sociedad y sobre la vida para producir la economía de competencia. Es debido a esta *inversión* que Foucault no duda y dice explícitamente que el neoliberalismo comporta “una mutación de enorme trascendencia” respecto al liberalismo clásico (Foucault, 2012: 150), pues ahora es el gobierno neoliberal el que se encarga de asegurar, instituir y producir las condiciones necesarias para que se dé y siga existiendo la economía de competencia. No estamos, pues, ante el resurgimiento de teorías anquilosadas, estamos ante el advenimiento de una forma de gobierno realmente subsumida al capital, que no responde a las necesidades del sujeto social global, sino exclusivamente a las necesidades de la economía capitalista.

Los objetivos que en la anterior configuración típicamente liberal resultaban de mayor interés y provecho para la sociedad –como el pleno empleo, el mantenimiento del poder adquisitivo del salario, el mantenimiento y fijación de precios, etc.- pasan a segundo plano en beneficio de los objetivos y fines puros de la economía capitalista.

Lo que persiguen las acciones de tipo gubernamental, tal como lo vamos a ver con mayor detenimiento en el apartado siguiente, es la producción y el aseguramiento de las condiciones de posibilidad técnicas, jurídicas, demográficas, materiales y culturales –sociales en términos generales- más fundamentales y esenciales para que exista y siga existiendo la economía de competencia. Antes de intervenir directamente sobre los



mecanismos del mercado de competencia o de contrarrestar sus efectos nocivos, las acciones gubernamentales, según Foucault, actúan sobre el espesor y la trama de la sociedad, en una serie de datos culturales, educacionales, científicos, técnicos, demográficos y jurídicos que, aunque no reportan ningún interés económico directo, son los que condicionan y hacen posible el funcionamiento continuo de la economía de competencia (Foucault, 2012: 170, 172, 174 y 179). La práctica gubernamental neoliberal implica, entonces, un tipo de intervención biopolítica, no abocada a satisfacer las necesidades de la sociedad, sino a afectar a los seres humanos, sus necesidades, su ambiente, sus recursos naturales y su organización política para que sea posible el mercado de competencia.

Este papel del Estado en el neoliberalismo tiene que ver con las medidas amplias correctivas y constructivas que realiza para hacer realidad los mercados, pero a su vez con el rediseño y re-despliegue del Estado como el actor central que construye subjetividades, relaciones sociales y representaciones colectivas adecuadas para hacer realidad los mercados (Wacquant, 2015).

A la vez que el Estado trabaja como articulador del mercado, se conduce por otra parte bajo su mismo esquema de racionalidad. El mercado ya no juega el rol de principio de limitación del Estado, sino que es el principio mismo de su organización y regulación. Se pasa de una perspectiva en la cual el mercado se hallaba bajo la vigilancia del Estado, a una concepción en la cual el Estado se encuentra bajo la vigilancia del mercado (Rossi, M., Blengino, L., 2014). Se pasa de la exigencia liberal de “menos gobierno” a la realidad neoliberal de un “gobierno para el mercado”.

Tenemos, pues, en suma, un Estado que cada vez gobierna menos en razón de la sociedad y cada vez más para el mercado, en la medida en que se encarga de producir las condiciones de posibilidad de la relación capitalista de producción. Esta subsunción del Estado y del gobierno al capital significa que la valorización deja de tener la apariencia de ser un proceso estrictamente económico y se convierte en un proceso mucho más complejo y amplio de subordinación política de la sociedad al capital.⁴ No se trata de plantear que es hasta ahora que el capital deviene un proceso político, porque desde sus orígenes lo es; se trata más bien de que asistimos al establecimiento de un paralelismo entre la aparición y despliegue del neoliberalismo y la consolidación y constitución de una democracia radicalmente económica y/o de un *Estado esencialmente económico*.

Foucault en su explicación, precisamente, hizo acompañar tanto al ordoliberalismo alemán como al neoliberalismo norteamericano con la aparición de un Estado esencialmente económico en ambos casos. Un Estado o una democracia no de derechos ni de ciudadanos, sino de empresarios, en la que son la competencia y el juego económico mismos los que producen consenso político y legitimidad, antes que el contrato social o la participación de los ciudadanos.

4 Beatriz Soria estima que esta subordinación política implica la dominación del capital sobre la totalidad social. Cf. Soria (2010). A nuestro juicio, hay una distancia enorme entre esta supeditación del Estado y la dominación total y global del capital por sobre la sociedad y más vale “andarse con pies de plomo” y dar cuenta, de forma puntual y pormenorizada, del mando que va obteniendo el capital en los diversos ámbitos de la reproducción social.



Si así son las cosas, esto quiere decir que el neoliberalismo es hoy por hoy, menos una ideología o una estricta política económica, que una determinada manera de *hacer funcionar y asegurar* al capitalismo desde la esfera del Estado en plena *crisis sistémica de acumulación*. El neoliberalismo es un modo de gobierno en tiempos de crisis, es el modo que adquiere la gubernamentalidad en momentos de crisis; pero no se trata aquí de la “crisis social”, de la “crisis política” o de la “crisis financiera” del Estado, sino de la crisis terminal del capital, respecto de la cual la “crisis social” o la “crisis forzada del Estado de bienestar” no son sino sus primeros episodios o facetas.

Esta doble tesis, a saber, que la gubernamentalidad neoliberal es un modo de mantener y asegurar el funcionamiento del capitalismo en plena crisis de acumulación y que con ella estamos frente a un Estado subsumido al capital, es un buen mirador desde el que es preciso comenzar a atisbar el sentido y el alcance de la figura del “empresario de sí mismo”.

Lo que vemos desde allí es que dicha figura posee una fuerte impronta económica, en el sentido de que es una forma de gobierno sobre los hombres con la que se busca obtener objetivos estrictamente económicos. Por esto, cabe decir que lo que se asume *en propia carne y en la propia vida* cuando se nos exhorta a ser empresarios de nosotros mismos es, en última instancia, nada menos que el propio proyecto del capital.

Esta figura no constituye otro modelo de comportamiento más, en realidad, desde esta perspectiva, es una de las formas (y sólo una de las formas) en que actualmente se subsume la vida al capital. A la vista de esto, es que podemos darnos cuenta cómo el dispositivo de capitalización ahora ha llegado a descansar sobre los resortes mismos del proceso de reproducción social.

En la discusión académica, alrededor del tema de una vida puesta en función de las necesidades de valorización del capital, esto es, de una vida que ha llegado a constituirse como dominio del capital, actualmente hay todo un subtema en torno de la vida que se ha convertido en fuerza productiva. Las demandas de la producción flexibilizada convertirían a la vida en una fuerza de trabajo incorporando, por fin, la totalidad de las capacidades del trabajador, quien pondría a disposición del mecanismo de valorización, ya no sólo su fuerza física, sino también sus capacidades intelectuales, afectivas, relacionales, etc.

Por subsunción de la vida al capital no estamos sugiriendo, sin embargo, que la vida se convierta en una fuerza productiva que interviene en el proceso de valorización del valor. Habría que diferenciar entre el proceso de subsunción y las fuerzas de producción y entre la producción de valor y la generación de ganancias. Que la vida misma sea incluida bajo el dominio capitalista, no quiere decir que la vida se convierta en fuerza productiva, sino que las esferas de la reproducción social se transforman de tal modo que socorren y favorecen las relaciones de producción capitalistas. De la misma manera, que las subjetividades ahora se configuren en el marco de relaciones sociales de competencia, no equivale a que se conviertan por ello en fuerzas productivas; lo que sí implica a nuestro juicio es que la subjetividad y las formas de vida terminan correspondiéndose con el proceso



de valorización del valor.

Competencia y gubernamentalidad neoliberal hiperactiva

En contra de lo que sostienen la opinión común y la crítica estandarizada, habría que reparar en que el neoliberalismo no rehúsa la intervención del Estado; por el contrario, es un modo de gobierno que implica el despliegue de mucha intervención gubernamental, como ya adelantamos en el apartado anterior. Pero se trata de un tipo de intervención que recae sobre el marco (Foucault, 2012: 172 y 174), en la medida en que rechaza la intervención económica directa (la fijación de precios, del mercado monetario, de las tasas de producción, de los salarios, etc.). Si exige la intervención sobre la población, sobre las técnicas, el régimen jurídico, sobre la infraestructura, etc., es porque parte de una concepción diferente del mercado (Salinas, 2009-2010).

Mientras el liberalismo clásico consideraba al mercado como algo natural, la racionalidad gubernamental neoliberal desconfía de la concepción naturalista del mercado y se propone establecer las condiciones artificiales del mercado de competencia (Patarroyo, 2012). Para esta nueva forma de gubernamentalidad, el mercado ya no es esa ficción natural ya dada que imaginaban los teóricos liberales del XVIII, la “economía de competencia” es ahora algo que se debe producir activa e intensivamente mediante una gubernamentalidad permanente que asegure e instituya las condiciones sociales, culturales, técnicas, legales e institucionales necesarias para que se dé y exista el mercado de competencia. En este sentido, el neoliberalismo es una gubernamentalidad *hiperactiva*, contra lo que usualmente se piensa.

Ésta es una de sus características distintivas y donde hay que empezar a buscar el alcance de la teoría del capital humano, pues la competencia, para los neoliberales, de la misma manera, no es un dato natural, sino algo que debe crearse. Y es debido a que la competencia de mercado es un producto artificial sumamente frágil, que se requiere de *condiciones y disposiciones vitales* sistemáticamente reproducidas.

En la medida en que el mercado de competencia ya no aparece como un efecto que depende única y exclusivamente de las acciones libres y espontáneas de los individuos o del *homo economicus* (Martín, 2014: 153), tal como se estimaba que sucedía en el liberalismo clásico (Foucault, 2011, 400 y 401; Foucault, 2012, 48 y ss), es necesario que el sujeto competitivo sea un modo de comportamiento bien determinado y sistemáticamente producido. El egoísmo “natural” no basta; es necesario producir un comportamiento y una forma de ser bien delimitada que acompañe y haga posible al mercado de competencia.

Desde la perspectiva analítica de Michel Foucault, entonces, el neoliberalismo emerge como un proyecto en el cual el Estado mínimo es el correlato, podríamos decir, de una gubernamentalidad máxima, omnímoda e ilimitada que hace posible al mercado y al sujeto de la competencia (Rossi; Blengino, 2014). Después de todo, como comenta Loïc Wacquant, los mercados siempre han sido creaciones políticas apoyadas por amplias maquinarias legales y administrativas. Son una creación política en curso, permanentemente fundada (Wacquant, 2015).⁵

5 Lo que ya también encontramos desde aquí es que la figura del hombre empresario de **HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C. N. Capitalismo y gubernamentalidad neoliberal. p. 165-190.**



Para entender la creación de competencia, es necesario desplazar la mirada y entender al neoliberalismo, menos como un recetario económico impuesto por instituciones supranacionales, que como una gubernamentalidad activa que interviene para producir la competencia, pues, como dice Foucault: “[...] el mercado, o, mejor, la competencia pura, que es la esencia misma del mercado, sólo puede aparecer si es producida, y si es producida por una gubernamentalidad activa” (Foucault, 2012: 154).

Esta competencia pura, que para los liberales es la forma organizadora del mercado y aquello que asegura la racionalidad económica, no es un dato natural, es un principio de formalización y una esencia en el sentido husserliano (Foucault, 2012, 153). Por eso, Pablo Martín Méndez puede decir correctamente que el neoliberalismo es el descubrimiento de la competencia. Se trata de una esencia o un “eidos” que hay que buscar permanentemente a partir de condiciones artificialmente establecidas, porque su lógica y su estructura internas producirá sus efectos, si se las respeta (Rossi; Blengino, 2014: 204).

Bajo esta concepción formal de la competencia, entendida como “un juego formal entre desigualdades”, la constitución del orden competitivo pasa por una “política indefinidamente activa” (Foucault, 2012: 153), cuya tarea tiene que ver con todo un conglomerado de diferenciaciones antes que con el establecimiento de fenómenos de igualación. Antes que pleno empleo, es preciso que algunos trabajen y otros no; antes que estabilización de los precios, es preciso que éstos suban y bajen; antes que distribución relativa, es preciso que haya salarios grandes y pequeños, después de todo –dijo Röpke no sin cierto cinismo- “la desigualdad es la misma para todos” (Cf. Foucault, 2012, 176).

Si se estima que la competencia es el único principio y el único mecanismo formal que puede asegurar la racionalidad económica (Foucault, 2012: 151 y 153), antes que “fijarse la igualdad como objetivo. Al contrario, [se] debe dejar actuar la desigualdad” (Foucault 2012, 176). Sólo a través de los efectos desigualitarios es que la competencia se convertirá en un regulador general de la sociedad (Foucault, 2012: 176). La desigualdad, en este sentido, no sólo se acepta de forma *a priori*, sino que además se cimienta como *categoría estructural*, esto es, su pertinencia para el mercado no deriva de su existencia empírica, sino que tiene un sentido lógico y estructural al interior del dispositivo neoliberal, en tanto es condición necesaria, de la competencia y, por ende, del mercado.

La gubernamentalidad neoliberal, entonces, acoge la desigualdad y tiene como mira producir una serie de condiciones artificialmente establecidas que la sancionen, porque se piensa que es una especie de condición de la competencia económica que el Estado debe velar.⁶

Ahora bien, ¿cómo y de qué modo se constituyen las condiciones para que se sí mismo (del que nos ocuparemos más adelante) es una figura que debemos inscribir entre los resultados de esa gubernamentalidad hiperactiva, pues en la medida en que el cálculo económico y la competitividad son sus notas características, resulta ser una pieza crucial para el mercado de competencia.

⁶ Ya desde aquí podemos entrever el marcado carácter de clase del neoliberalismo que analizaremos más adelante, en tanto que ya es posible visualizar a un Estado que se ha sometido dócilmente a la encomienda económica de recrear las condiciones del “juego de la competitividad” y abandonado cínicamente toda pretensión de buscar el “bien común” o el “interés público”.



dé el orden competitivo? Para la constitución de esas condiciones, la gubernamentalidad neoliberal tiene que intervenir activamente tanto en el entramado social de conexiones como en las actividades humanas. De lo que se trata es de regular y gobernar las acciones y las relaciones sociales; pero no se trata de gobernar el comportamiento de los individuos de forma directa, de constreñirlos para que se comporten de cierta manera. Se trata de *gobernar de forma indirecta*, modificando una serie de datos técnicos, jurídicos, demográficos, educacionales y culturales que constituyen “el marco” (Foucault, 2012, 174) en el que se desenvuelven los comportamientos. Podríamos decir, en este sentido, que se trata de una forma de gobierno que modifica el marco para asegurar el comportamiento.⁷

Estas condiciones artificiales de la competencia creadas a través de la desigualdad y la diferenciación tienen que ver también con la transformación neoliberal que sufre la política social y con las políticas de privatización del riesgo que Foucault oportunamente desarrolla. La apertura de nuevos “mercados competitivos” y nichos de ganancias, sin embargo, es la estrategia central.

La racionalidad neoliberal introduce al mercado en actividades no mercantiles como la salud, la seguridad o la educación. Lo que hace el Estado es, justo, sostener la mercantilización frente a la oposición. Ampliación del mercado que ocurre basada en la premisa de que el mercado es un medio universalmente óptimo para asignar eficientemente los recursos y las recompensas debidas (Wacquant, 2015). Se trata de constituir con esos ámbitos, mercados rentables, en una especie de marketización de los servicios de salud, del seguro social y de los esquemas de pensión (Rose, 2007). Esta creciente mercantilización de esferas de la vida que antes estaban por fuera de la lógica de mercado, se conecta con las reformas educativas para implementar la competencia, con la introducción de nuevas formas de gestión en la administración pública y en las universidades, con las nuevas relaciones entre los cuadros profesionistas y sus clientes y con el nuevo énfasis en las responsabilidades personales y familiares de los individuos. Y lo que tenemos a la base de un costado a otro es o bien la meritocracia del hombre-empresa o bien la inversión en el “capital humano”. La constitución de la educación como un mercado, por ejemplo, tiene a la base la figura del empresario de sí, pues de lo que se trata es de que éste se gestione su educación por su propia cuenta y que maximice su “capital humano” invirtiendo en dicho mercado educativo de acuerdo a la lógica del costo-beneficio.

El neoliberalismo como un proyecto de sociedad y como proyecto de clase

Se suele pensar, nos dice Foucault, que el neoliberalismo no es más que la instauración de relaciones estrictamente mercantiles en la sociedad (Foucault, 2012: 155), esto es, la simple extensión y generalización de la vetusta lógica mercantil hacia esferas que anteriormente estaban por fuera de ella. Foucault, sin embargo, rechaza esta manera de explicarlo. Su idea es, más bien, que el neoliberalismo es un nuevo régimen de gobierno de los hombres y las poblaciones, como ya vimos, y que se trata de una racionalidad política

7 Fue a través de la intervención sobre la población agrícola, sobre las técnicas, el régimen jurídico de las explotaciones y la disponibilidad de tierras que la agricultura europea, por ejemplo, se convirtió en un mercado de competencia (Cf. Foucault, 2012, 172-174).

o, mejor, biopolítica, que tiene su propia lógica y sus propios mecanismos de intervención, que apuntan a la conformación de *un proyecto de sociedad* entero (Foucault, 2012: 180).

A la base del neoliberalismo, entonces, no está sólo la necesidad de crear mercado modificando el “marco”, la gubernamentalidad apunta también hacia la constitución de un modelo social completamente basado en la razón de mercado (Salinas Araya, s/f).

El objetivo de las acciones y mecanismos gubernamentales es menos instituir, nos dice Foucault, una sociedad ajustada al efecto mercancía que una sociedad de competencia, una sociedad ajustada a la forma empresa (Foucault: 2012: 182).

Esa multiplicación de la forma “empresa” dentro del cuerpo social constituye, creo, el objetivo de la política neoliberal. Se trata de hacer del mercado, de la competencia, y por consiguiente de la empresa, lo que podríamos llamar el poder informante de la sociedad (Foucault: 2012: 186).

La idea es echar a andar, a partir de la gubernamentalidad activa y permanente, un cambio profundo en la organización de la sociedad para que aparezcan los mecanismos competitivos a cada instante y en cada punto del espesor social. Construir, en otras palabras, una trama social cuyas unidades básicas asuman la forma de la empresa (Foucault, 2012: 277) y convertir, de este modo, la sociedad en una extensión de la economía.

Ahora bien, el neoliberalismo, que es todo un proyecto de sociedad bajo el principio de la totalización de la racionalidad de mercado, lleva –como no podía ser de otra manera- la marca de clase. Se trata de todo *un mega-proyecto de clase* y, en este sentido, de un modo de asegurar la vieja sociedad dividida en clases en plena crisis sistémica de acumulación.

Ya planteábamos al inicio que, para evitar caer en un solipsismo crítico que iguale el neoliberalismo o bien a un soberano “todo poderoso” que impone sus imperativos en todas las actividades humanas (Wacquant, 2014) o a una enmarañada biopolítica omnipotente sin pies ni cabeza, es necesario acompañar el enfoque biopolítico con otras perspectivas de análisis. En este sentido, desde el marxismo crítico, tenemos que hacer hincapié en el marcado carácter de clase que poseen los neoliberalismos realmente existentes. Gérard Duménil y Dominique Lévy, desde el costado estrictamente marxista, han planteado la idea de que el neoliberalismo ha asegurado en verdad el flujo de ganancias hacia las manos de la clase capitalista (Duménil, G. Lévy, D., s/f). Del mismo modo, tendríamos que hacer hincapié en que la “financiarización de la economía real” y la creación de las “burbujas financieras”, han sido en verdad una forma de reproducir los grandes volúmenes de capitales cuando ello no puede realizarse ya en la “economía real”.

Si el neoliberalismo, como decíamos más arriba, es un modo de mantener y asegurar al capitalismo en plena crisis de acumulación, es entendible que la competitividad sea su nota distintiva, pues a través de ella lo que se hace aceptar es que la existencia de clases es destino.



La diferencia de clase se acepta cínicamente como un valor positivo y como una manera de crear las condiciones de competencia, en la medida en que, como dice Adán Salinas, la estructuración de clase es una de las condiciones básicas de la meritocracia del hombre-empresa (Salinas, 2009-2010). Pero lo que esto significa es que la competencia se convierte en un modo ideológico que interpela a los sujetos bajo el sueño de que es una manera de maximizar el beneficio colectivo y de lograr el ascenso social a través del máximo beneficio individual.⁸

En Norteamérica, este fue el tono ideológico con el que se introdujo la noción y la teoría del capital humano como parte de la amplificación ilimitada de la forma mercado y la extensión del análisis económico como principio de inteligibilidad y desciframiento de las relaciones sociales (Foucault, 2012: 255, 266, 273). Con bombo y platillo, el mecanismo práctico-discursivo del “empresario de sí mismo” hizo su entrada en el dominio del trabajo para después motivar la transformación de las políticas públicas, bajo la idea de que las políticas culturales, las políticas sociales y educacionales de todos los países desarrollados (y en vías de desarrollo) es un problema que tiene que ver esencialmente con cómo modificar el nivel y la forma de la inversión en el “capital humano”.

Antes de que explotaran las crisis financieras, el neoliberalismo acudió sistemáticamente a una muy fuerte narrativa épica: “todos accionistas, todos propietarios, todos empresarios” (Lazzarato, 2013: 10). Se trataba de una “utopía prometida” –como la califica Lazzarato- que, sin duda, tenía algo del nuevo régimen de simulación a que, en términos de Baudrillard, entró el capitalismo. Si más que engañar, el capitalismo simula la realidad, la ilusión era aquí que todos somos propietarios de capital, de una parte del capital, que podemos acrecentar y rentabilizar si aprendemos bien el juego económico y a hacer buenas inversiones. El discurso del empresario de sí mismo, de este modo, se presentó como un discurso motivador que, como pegamento cultural, unió una multitud de prácticas sociales sobre las que –sin duda alguna- sigue manteniendo un amplio rango de influencia.

Sin embargo, tras cuatro décadas de hegemonía del capitalismo financiero, el empresario de sí mismo se transformó en el hombre endeudado (Matías, 2016, 143). Tras la debacle social que trajeron las recurrentes y recientes crisis financieras que se presentaron sobre todo en el centro de Europa y Norteamérica y cuyos efectos en buena medida se han “externalizado” con costo a los países de la periferia, el neoliberalismo ha terminado por abandonar “la grandilocuencia de esos “personajes conceptuales” del empresario, el creativo y el trabajador independiente” (Lazzarato, 2013: 11), para cínicamente propugnar con ellos que es hora de hacerse cargo de los costos y riesgos de la catástrofe financiera. En plena crisis financiera y del Estado de bienestar, se ha convertido en un discurso culpabilizante y responsabilizante, con el que se obliga al individuo a autorregularse y autogestionarse para evitar convertirse en excluido. Ya no es tanto la ilusión de acrecentar “mi” capital, cuanto el miedo a ser “un excluido”, lo que continua motivando esta forma de dominación y gobierno de uno consigo mismo.

8 Cuando, en realidad, es tan fácil entender que en la competencia económica, como en toda competencia, hay siempre alguien que pierde y alguien que gana.

En esta nueva situación, la figura del hombre-empresa resulta ser una manera en que se gestiona la crisis sistémica de acumulación en el plano individual. Así como la crisis forzada del Estado de bienestar es un modo en que se gestiona la crisis de acumulación en el plano colectivo, del mismo modo podemos decir que esta figura es una manera de gestionar la crisis de acumulación en el plano individual, pues de lo que se trata, en definitiva, es de que en plena hecatombe social “cada quien se rasque con sus propias uñas”. Con esta figura se domestica a los individuos conforme a la situación crítica por la que atraviesa el capital, pues son capacitados para responder activa, polifuncional y autónomamente a una situación en la que se sobreentiende que no es posible ya el Estado de bienestar ni el pleno empleo y cada quién debe aprender a gestionar sus propios medios de vida o a rentabilizarse de tal modo que sea atractivo para el mercado y pueda venderse como una mercancía.

Adán Salinas recientemente ha planteado todo un pertinente e interesante estudio sobre la construcción de condiciones de precarización que se extienden a lo largo de toda la trayectoria de vida; de modo que se trata, no de una precarización laboral, sino de una precarización de la vida. La idea es que la precariedad alcanza el ciclo vital, en tanto que el neoliberalismo conlleva la fragilización de los sistemas sociales de pensión, de seguridad social, de salud, etc. (Salinas, s/f) La precariedad, así, aparece como uno de los rasgos distintivos de las formas de vida que producen las políticas neoliberales que se vierten sobre la población.

En base a esta idea de análisis, lo que encontramos es que aquella figura es también una manera en que se ha hecho aceptar biopolíticamente la precarización de la vida. Esto es, una manera de dominar y gobernar a los individuos y a la población para que se “ajusten el cinturón” y acepten el drama *ajeno* del capital como un drama colectivo y personal.

Conforme se han sucedido las crisis financieras y se han gestionado de forma pro-capitalista sus costos y sus efectos, ha resultado cada vez mucho más claro que el neoliberalismo es, a la par que un proyecto de sociedad, un proyecto político de clase, tal como dice David Harvey. Esto ya es evidente, por más que se recurra a narrativas que tratan de ocultarlo. Lo que también va quedando cada vez más claro es que este carácter de clase, sin minusvalorar su presencia en otras formas políticas, está presente en las formas en las que se ejerce el gobierno directo sobre la población, pues éstas son cada vez menos monolíticas y homogéneas y cada vez más diferenciadoras y heterogéneas.

La biopolítica neoliberal que se vierte sobre la población es una intervención diferenciada: por debajo, la penalización de la pobreza, por arriba, la figura del empresario de sí mismo (Wacquant, 2015). En contextos urbanos empobrecidos, Loïc Wacquant ha encontrado, por ejemplo, que el neoliberalismo por debajo de la escala social se ha convertido en un proyecto de reconstrucción del Estado como Estado represor, mientras que por arriba se sigue intentando modelizar al individuo y potencializar “sus capacidades empresariales” (Wacquant, 2015). Estamos ante



Un Estado-Centauro que despliega rostros opuestos en los dos extremos de la estructura de clase: es edificante y “emancipador” en la cumbre, donde actúa para proveer los recursos y ampliar las opciones vitales de los dueños del capital económico y cultural, pero es punitivo y restrictivo en la base, cuando se trata de administrar las poblaciones desestabilizadas por la profundización de la desigualdad y la propagación de la inseguridad del trabajo y la inseguridad étnica (Wacquant, 2015).

Por arriba se trata de hacer del “empresario de sí mismo” una especie de forma de vida, por abajo, se trata o bien de mantener a raya a la población en una especie de “criminalización de la pobreza”, como dice Loïc Wacquant, o bien de asegurar y mantener la mera subsistencia, esto es, el sustento de la mera vida a través del aseguramiento de los umbrales mínimos de supervivencia para aquellos que no pueden asegurar su supervivencia de modo definitivo.

A estas franjas de la población, se les impone la asistencia social y los subsidios. Poblaciones liminares a las que se les garantiza una existencia mínima con umbrales mínimos de supervivencia, pero siempre de modo que la asignación social que se le otorgue permita que quieran seguir participando del mercado laboral: “[...] en el resto de la sociedad se dejarán actuar, precisamente, los mecanismos económicos del juego, de la competencia, de la empresa. Por encima del umbral, cada uno deberá ser para sí mismo o para su familia, en cierta forma, una empresa” (Foucault, 2012).

Aquí es cuando -en términos de política social- el neoliberalismo se constituye como un dispositivo biopolítico en el sentido de Agamben, como un dispositivo que produce *nuda vida*. Las *relaciones de excepción* crean una especie de “contrato al revés”, como decía Foucault, en el que hay una población constituida permanentemente como *nuda vida*. Si se protege esa vida mediante los subsidios directos o indirectos, es porque con anterioridad ya ha sido constituida de forma estructural como *nuda vida*, esto es, ha sido despojada y privada de la posibilidad de constituirse como una forma de vida digna.

Esta población que está incluida en la forma de su exclusión connota la manera en que actualmente se produce *nuda vida*. O, dicho de otra manera, son las poblaciones que produce la biopolítica de excepción. Son las poblaciones que, sin duda alguna, son las que sufren de forma más dramática la crisis terminal del capital.

El neoliberalismo como aparato de subjetivación

Ahora bien, si pensamos la subjetividad como efecto de la gubernamentalidad neoliberal o, de forma inversa, el neoliberalismo como un aparato de subjetivación, aquél viene a ser uno de los *pliegues* más significativos que explican la formación subjetiva contemporánea. Ya no sólo se trataría, aquí, del neoliberalismo como un proyecto de sociedad o un proyecto de clase, sino también como un aparato que produce subjetividad.

Pensarlo así, nos permite centrar la mirada y pensar, antes que nada, en las relaciones entre subjetividad y economía. Foucault mencionó que la economía de mercado adopta ciertas formas de desenvolvimiento, como cuando la competencia se convierte en



la instancia reguladora de la sociedad. La idea que queremos adelantar es que esto no sólo tiene que ver con las condiciones objetivas, sino también con las condiciones subjetivas.

Los pensadores de la Escuela de Frankfurt advirtieron críticamente la totalización que alcanzó la racionalidad instrumental en las primeras décadas del siglo XX. Y la razón instrumental fue también para ellos una manera de organizar la subjetividad en función del capitalismo. Lo que hizo Foucault en *El nacimiento de la biopolítica* fue también -en un sentido similar- una crítica a un modo de subjetivación (el hombre-empresario de sí mismo) que se despliega al interior y responde a la lógica y la dinámica capitalista. Lo que tienen en común uno y otros es que piensan la economía como producción económica propiamente dicha y como producción de subjetividad.

El capitalismo, que ha intentado desde hace mucho configurar un orden subjetivo que le resulte funcional y garantice las condiciones necesarias de su funcionamiento, ha encontrado en el neoliberalismo, más que un proceso extractivo, un proceso productivo que se extiende desde la economía hasta la subjetividad.

Lo que esto significa es que la economía se ha convertido en un pliegue, o mejor, ha producido un *plegamiento*,⁹ pues, en tanto tentativa radicalizada, ha terminado por dar lugar a un sistema subjetivo y no sólo a un sistema político. El totalitarismo economicista ha convertido la economía en una máquina que produce subjetividad.

La vocación del capital de apoderarse de la subjetividad no es un proceso nuevo; lo que sí es nuevo es que con la gubernamentalidad neoliberal esta apropiación cobra matices novedosos y se vuelve cada vez más extorsiva. La figura del empresario de sí mismo es, precisamente, una de las formas más extremas en que la subjetividad es intervenida por el capitalismo para constituir nuevas subjetividades acordes a las necesidades de acumulación del capital.

Si pensamos dicha figura desde esta altura de miras, caemos en cuenta que la formulación teórica de la idea del “capital humano” y su aplicación práctica bajo diferentes modalidades es una de las maneras en que el neoliberalismo ha intentado ajustar la subjetividad a los requerimientos del mecanismo capitalista de la acumulación y valorización del valor.

A través de la mediación de las bio-prácticas de la biopolítica neoliberal, la subjetividad es agenciada por el orden del capital para lograr un involucramiento manipulatorio que, llevado al límite, logra el consentimiento y la adhesión al proyecto ajeno del capital, precisamente en momentos en que la sociedad sufre los efectos del comienzo de su crisis terminal.¹⁰

9 Introducimos desde aquí la idea de pliegue que Deleuze se hizo a propósito del pensamiento de Foucault. Cf. Deleuze (2003). La idea es que el “afuera” se pliega y produce una subjetivación, pues -en el esquema de Deleuze- la línea del afuera no deja de estar en movimiento, no deja de sufrir movimientos peristálticos. Y es por este movimiento que recorre la línea del afuera que se forma un hueco: la línea de afuera se pliega. Y, al plegarse la línea del afuera, se produce un “adentro” que no hay que identificar con la interioridad psicológica ni con el proceso de “interiorización”, sino con los modos de subjetivación presentes en cada formación histórica.

10 Este conjunto de bio-prácticas, curiosamente, han entroncado con las nuevas formas de disciplinamiento y control que -en los medios de trabajo remozados- se han anclado en la subjetivi-



Sólo desde este “telón de fondo” es que, a nuestro juicio, es posible entender y pensar a cabalidad, y sin concesiones, las relaciones entre subjetividad y poder dentro de la gubernamentalidad contemporánea. El “empresario de sí mismo”, no es únicamente una de las formas de desenvolvimiento de la economía de mercado de competencia (Martín Méndez, 2013) o una forma de gobernar la subjetividad humana, es eso, al interior de un entramado mucho más espeso que tiene que ver con la matriz de valorización del capital.

Para centrar esta relación específica entre subjetividad y poder, es necesario concentrarse sobre manera en la figura del hombre-empresa. Las preguntas en este plano de análisis vienen a ser, de qué modo y bajo qué técnicas de poder se configuran nuevas subjetividades en el marco de unas relaciones sociales cuyo principal eje articulador es la competencia.

Surgida al interior de las perspectivas neoliberales norteamericanas, Foucault encontró en la teoría del capital humano uno de los mecanismos centrales del funcionamiento de la racionalidad biopolítica neoliberal. Para Foucault esta teoría no es posible entenderla a partir de la simple y llana hipótesis de la generalización progresiva de las relaciones mercantiles hacia la esfera de lo personal, porque la emergencia de la figura del sujeto “empresario de sí mismo” conlleva, en realidad, una *mutación epistemológica* de mayor envergadura que no es traducible a la idea del sujeto del intercambio mercantil, en tanto que se trata más bien de un sujeto que tiene que reinterpretar *su relación para consigo mismo* en términos económicos y solamente económicos. No se trata solamente de la mercantilización de las capacidades y potencialidades de los individuos, sino de que el individuo devenga una suerte de empresa múltiple y permanente y que sus actividades y dimensiones en tanto sujeto las entienda como otras tantas funciones empresariales. La idea de ser un empresario de sí, es menos la reactualización del viejo *homo economicus* del intercambio mercantil, que una nueva forma de relación consigo mismo a que es invitado el individuo. De ahí que la empresa no deba entenderse como una simple institución, sino más bien como el modo de relación que el individuo adopta para consigo mismo. Lo que conlleva nuevas formas de relación con el tiempo, con el entorno, con el futuro, con el propio cuerpo, con la propiedad privada, con la familia, con la pareja, con los amigos que se cifran sobre todo en la “capitalización” de esas relaciones y dimensiones.



Estos planteamientos de Foucault tensan nuestro análisis, porque nos llevan a concebir un dominio en el que esta nueva forma de relación consigo mismo y con los otros tiene por objetivo neto convertirse en *forma de vida*, dar lugar a una forma de vida, y no sólo quedarse circunscrito a un mero comportamiento deba desplegarse exclusivamente en el ámbito de la actividad económica. Se trata de un modelo de existencia y no sólo de un comportamiento para desenvolverse adecuadamente en la economía de competencia.

Foucault observa que los pensadores neoliberales hacen nacer esta figura referida, en principio, sólo al trabajador. Al respecto, señala que para los pensadores

dad misma de los trabajadores, desde mediados de los años '60 y principios de los '70. Con ambos conjuntos de tecnologías y mecanismos se ha intentado gobernar la subjetividad en una economía capitalista de crisis.

neoliberales el trabajo se comporta como un capital, pues el trabajador no es más que para sí mismo un capital:

¿Por qué trabaja la gente? Trabaja, desde luego, para contar con un salario. Ahora bien, ¿qué es un salario? Un salario es simplemente un ingreso. Desde el punto de vista del trabajador, el salario no es el precio de venta de su fuerza de trabajo, es un ingreso. Y entonces allí, los neoliberales norteamericanos se refieren a la vieja definición que data de principios del siglo XX y que pertenece a Irving Fisher, quien decía: ¿qué es un ingreso? [...] Un ingreso es simplemente el producto o el rendimiento de un capital. Y a la inversa, se denominará ‘capital’ a todo lo que pueda ser, de una manera o de otra, fuente de ingresos futuros. [...] el salario es un ingreso, el salario es, por lo tanto, la renta de un capital. Ahora bien, ¿qué es el capital de cuya renta es el salario? Es el conjunto de todos los factores físicos, psicológicos, que otorgan a alguien la capacidad de ganar tal o cual salario; de suerte que, visto por el lado del trabajador, el trabajo no es una mercancía reducida por abstracción a la fuerza de trabajo y al tiempo durante el cual se la utiliza. Descompuesto desde el punto de vista del trabajador, en términos económicos, el trabajo comporta un capital, es decir, una aptitud, una competencia; como suelen decir, es una ‘máquina’ (Foucault, 2012, 261-262).

Al concebir la capacidad de trabajar como una fuente de ingresos y como un “capital humano”, esta teoría impone, en suma, como substrato antropológico, la idea de que el trabajador no es para sí mismo sino su propio capital, su propio productor y su propia fuente de ingresos (Foucault: 2012: 232-233, 265). Dicho capital que el trabajador posee, que *el trabajador* es, no incluye únicamente su fuerza bruta de trabajo, sino también, y sobre todo, su nivel educativo, su estado de salud, su capacitación para las actividades laborales y otra larga serie de recursos como las habilidades para relacionarse, para solucionar conflictos, para comunicarse, etc. El capital humano, en este sentido, estaría constituido por todas aquellas condiciones y elementos físicos, culturales, educacionales y psicológicos que sirven para valorizar la propia vida. De donde se desprende la necesidad que el trabajador tiene de “invertir” continuamente en todo aquello que acrecienta su capital, de invertir en su capital para obtener mejores rendimientos y ganancias.

La relación que para con nosotros mismos debemos mantener como empresarios es, en este sentido, una relación que nos va a permitir rentabilizarnos; se trata de agregar valor a todos los ámbitos de nuestra vida objetiva y subjetiva, a través de una óptima utilización de los recursos disponibles en todos los ámbitos de vida. Capitalizar y administrar eficazmente nuestros tiempos, nuestra mirada, nuestros gastos, nuestras relaciones sociales, nuestro cuerpo, nuestras emociones, el futuro, nuestra personalidad, nuestras habilidades y destrezas.

Las formas y maneras que pueden adquirir la inversión se plantean, por lo menos, desde tres grandes vías: la inversión personal en la escolarización, en la formación para el trabajo, en los cuidados médicos y seguros de vida, en las migraciones o desplazamientos,

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C. N. Capitalismo y guber-namentalidad neoliberal. p. 165-190.



etc. La inversión, en segundo lugar, que se instrumentaliza a partir de la multiplicidad de los ámbitos estatales de los regímenes de gobierno neoliberales.¹¹ En tercer lugar, es preciso señalar que la teoría del capital humano encontró asidero en la práctica empresarial, aunque de forma difusa, sobre todo en aquellas prácticas que tiene que ver con la “capacitación y evaluación continua” de los trabajadores, con la administración de los “recursos humanos”, con la “alta dirección de empresas”.

El modo de constitución de esa subjetividad capitalizada y rentabilizada no acontece, entonces, como un mero proceso de socialización en la competencia o como un proceso de identificación en el que la identidad se construya en torno a un cierto ideal del “yo”, sino como el despliegue de todo un régimen práctico-discursivo en el que convergen diferentes instituciones.

Este régimen práctico tiene a la base la transformación de una serie de fundamentos conceptual-discursivos. La transformación conceptual de la noción de salario en un “ingreso” que percibe el trabajador por “su capital”, por ejemplo, o la transformación de la idea de trabajo o, mejor, de la relación trabajo-salario en la idea de la rentabilidad de un capital.¹² Así como la noción de “población”, en su momento, fue un operador semántico que permitió el gobierno de las multitudes (Foucault, 2011, 63 y 87 y ss), del mismo modo la teoría del capital humano es un instrumento semántico que permite el gobierno de los individuos, a través de una serie de técnicas y de la implementación material de una cierta relación de uno consigo en una multitud de órdenes y dimensiones, como veíamos arriba.

Natalia Ortiz Maldonado ha pensado este orden práctico-discursivo en torno al cálculo utilitario. Competencia, prueba, cálculo: serían las formas en que se presenta y se extiende la racionalidad neoliberal hacia el ámbito subjetivo (Schmitt et. Al, 2014: 22-25). La subjetividad estaría producida en función de la utilidad, la competencia y la eficiencia a través del cálculo y la inversión individual.

De este modo, la razón neoliberal es una manera de organizar material y

11 Foucault señalaba, precisamente, cómo en base al análisis teórico e histórico que permitió la teoría del capital humano la política del crecimiento se empezó a entender, ya no sólo como un problema de inversión en el capital y en el número de trabajadores, sino como un problema de inversión en el “capital humano” también. La política económica, la política social, la política cultural, la política científica, la política educativa, pero también la política deportiva, la política en salud se llegaron a plantear en todos los países desarrollados en la forma de la inversión en el “capital humano”. De la misma manera, fue a partir de este problema que se repensaron los problemas de la economía del tercer mundo y, en consecuencia, el despegue de la economía tercermundista (Foucault, 2012, 273). Por lo demás, fue esta posibilidad que tuvo la teoría del capital humano para convertirse en una especie de grilla de inteligibilidad del crecimiento económico que es posible explicar también la potencialidad expansiva del neoliberalismo como forma de gobierno adoptada, bajo ciertas especificidades y de una u otra manera, por la mayoría de los países.

12 “Al hacernos a todos mágicamente poseedores de un capital, dice Seidel Matías, el propio conflicto capital-trabajo parece superado” (Seidel, 2016, 138). Y, en efecto, desde aquí se entiende que la sociedad se llegue a pensar como una sociedad lisa, sin clases o como una “sociedad transparente”, como se ha dicho en otras ocasiones. El viejo conflicto de clases termina siendo ocultado por la idea del capital humano y, entonces, la desigualdad y las diferencias de clase ya no son percibidas como resultados de un sistema de explotación, sino como resultados individualizados de un mal juego económico.

discursivamente la subjetividad. A través de una serie de discursos y prácticas se constituyen sujetos “que llevan su vida, real o potencialmente, como una especie de empresa de sí” (Avellaneda; Vega, 2012), en tanto son “poseedores de un capital” que pueden maximizar, si aprenden a jugar el juego económico como se debe. No se trata de la extensión de la lógica mercantil, cuanto de subsunción, de un plegamiento a través del cual la economía devenida biopolítica o *vital politik*, como dice Foucault (2012, 279), ha producido subjetividad.

Un hombre enteramente gobernable

Ahora bien, esta serie de discursos y prácticas de sí implican, como es evidente, el despliegue de *un cierto gobierno*. En todas sus formas y manifestaciones prácticas, la teoría del capital humano es un instrumento para el gobierno de los hombres y las poblaciones, un conjunto de prácticas que permiten manejarlos en profundidad, con minucia y en sus detalles.

Para empezar a atisbar toda esta otra dimensión del problema, de nueva cuenta, es necesario desplazar la mirada de paralaje y centrar la figura del hombre-empresa, pero ahora desde el eje del gobierno y la conducción de las conductas (Avellaneda; Vega, 2012).

Lo que aquí, de inicio, tendríamos que referir es la sujeción social que con anterioridad ya implica tal figura. Así como Marx sabía bien que no había nada natural en el hecho de que una clase de personas estuviese obligada a vender su fuerza de trabajo para reproducir su existencia, de la misma manera habría que decir que no hay nada natural en el hecho de que el hombre se gestione a sí mismo como si fuese una empresa. Es necesario la existencia de ciertas condiciones sociales violentas (Fagioli, 2016, 112) para que los hombres acepten esta nueva gramática de poder. Esto es, es necesario la puesta en marcha de una serie de condiciones como la precarización del trabajo, la fragilización de la relación salarial, la pérdida de adquisición del salario o el empobrecimiento y el desempleo generalizados para que los hombres, con tanto ahínco y esmero, abracen esta nueva forma de gestión.

Tendríamos que convenir, en este sentido, que así como la acumulación originaria (la acumulación por despojo, por ejemplo) no es un evento localizable en el tiempo, sino una condición que se repite a lo largo del devenir histórico de la forma social capitalista; del mismo modo *la coacción al trabajo*, no es un evento puntualmente localizado en el tiempo y que sólo tenga que ver con el proceso de constitución de la fuerza de trabajo, como una fuerza de trabajo liberada de sus medios de vida, sino que es algo que se repite bajo otras formas a lo largo del desarrollo de la forma social capitalista. Para que la teoría del capital humano se convierta en *un mecanismo efectivo de gobierno* va acompañado, no sólo del “cuento de hadas” de que todos somos propietarios de capital, sino también de todo un conjunto de coacciones sociales como el aumento del desempleo o la desarticulación del viejo Estado de bienestar. Estas son las condiciones que obligan a los individuos a pensarse como empresarios de sí mismos y hacen de ellos sujetos enteramente gobernables.

Esta figura del gobierno, por otro lado, hay que inscribirla en el *diagrama contemporáneo del poder* (en el sentido que Deleuze le da a este término), cuya modalidad



de ejercicio se caracteriza menos por la coerción y disciplinamiento físico, esto es, por el uso de la fuerza física, que por la seducción, la estimulación y la persuasión. En esta nueva configuración histórica, en la que el poder se ejerce sobre todo a partir de “técnicas blandas” de control social, es que habría que ubicar esta forma de gobierno que supone el ejercicio de una cierta libertad.

Así como el mercado de competencia, el sujeto empresario de sí, no es un sujeto económico natural, sino, como decíamos, el producto de una gubernamentalidad activa. En este caso, la producción activa tiene que ver con las libertades que se asumen también como condiciones de posibilidad para la realización del mercado. No es que la gubernamentalidad neoliberal respete las llamadas “libertades individuales” o las “inclinaciones naturales” de los individuos, sino produce activamente las libertades, inclinaciones y los modos de cálculo económico que se requieren, pues éstas son la condición no natural para el pleno desarrollo del juego también artificial del mercado (Rossi; Blengino, 2014: 207).

No por ello habría que pensar que el gobierno como conducción de conductas supone una conducta ideológicamente preñada; hace alusión, más bien, a la consideración de sujetos que se sienten libres en determinados ámbitos de vida. Se trata de una forma de gobernar que se ejerce a través de la libertad, que necesita de la libertad sentida por los individuos, en la medida en que da forma precisamente a la manera en que entienden esa libertad. Una racionalidad de gobierno que gobierna a las personas a través de la libertad, las gobierna al hacerlas libres y dando forma a la manera en que entienden esa libertad (Avellaneda; Vega, 2012). La libertad, pues, no se opone al gobierno neoliberal. Pero no por esto cabe pensar que el gobierno no es una forma violenta de controlar a las personas; lo que esto nos permite ver es cómo se controla actualmente sin la necesidad de constreñir físicamente.

En realidad, la figura del sujeto inversión e inversor supone, desde el inicio, un cercenamiento de todas aquellas potencialidades y dimensiones que no son traducibles al esquema del cálculo costo-beneficio, además de que obliga a los individuos a ejercer su libertad casi por completo en sentido económico y les exige conducirse a sí mismos responsablemente y que den cuenta de sus propias vidas y vicisitudes. La libertad, en este sentido, se cristaliza como responsabilidad de sí y como *obligación* de maximizar y rentabilizar la vida como una suerte de empresa. La ética de la libertad, dice Nikolás Rose, forma parte de una fórmula concreta para gobernar en las democracias neoliberales (2012).

A este nivel, tal parece como si estuviésemos asistiendo a la emergencia de “un rango de racionalidades y de técnicas que -como plantea Nikolás Rose- tratan de gobernar sin gobernar a la sociedad; gobernar a través de las elecciones reguladas hechas por actores singulares y autónomos en el contexto de sus compromisos particulares con sus familias y comunidades” (2007, 113). Esta lógica de gobierno a través de la que se “gobierna sin gobernar” hay que inscribirla, en realidad, en la tendencia del propio poder a economizar y racionalizar su ejercicio, tal como Foucault la puso de relieve cuando analizó el paso del sistema clásico de castigo fincado en el suplicio al sistema moderno fincado en la prisión.

Junto a las celebradas reformas educativas y los nuevos modelos pedagógicos por competencias que se adoptaron desde los ochentas, aparecen otras formas objetivas como la industria de los seguros o todo ese conglomerado de discursos y prácticas en torno a las terapias, los grupos de autoayuda, los cursos de superación personal, etc., que no son sino nuevas técnicas de control social que gobiernan metódicamente las conductas de los individuos para introducir determinados objetivos políticos, sociales y económicos en el interior de sus elecciones, compromisos y aspiraciones. En el ámbito familiar, por ejemplo, las prácticas familiares, con la intervención puntual de los expertos de la subjetividad (trabajadores sociales, psicólogos, etc.), convergen progresivamente con los objetivos sociales, no mediante la coerción, sino mediante el modelamiento de las conductas de los individuos en una línea que maximiza su ajuste emocional y su eficacia cognitiva. Se trata de nuevas prácticas y nuevos discursos que traducen, cada una a su modo, la teoría del capital humano bajo el ideal de la optimización continua, la eficacia y la competencia.

Lo que queda claro es que ya no se trata de un ejercicio *externo* del poder, que recaerá abruptamente sobre los individuos, sino que debe ser el mismo individuo, en su carácter de sujeto activo, el que se autorregule a sí mismo (Soria, 2010). Se trata de gobernarse a sí mismos de tal modo que puedan ser responsables y capaces de gestionarse sus propios riesgos y recursos (Patarroyo, 2012). Ya no se trata de imponer un mecanismo externo como la disciplina, lo que se busca en todo caso es generar la autodisciplina necesaria para que sea el mismo individuo el que se regulé a sí mismo.

La competitividad, desde este ángulo que vemos las cosas, es precisamente uno de los *mecanismos de control social* con el que se busca generar esa autodisciplina. Ya no se trata de un mecanismo físicamente coercitivo, sino persuasivo, estimulante y seductor, como decíamos. Una forma de control social en la que la competencia ocupa ahora el lugar que en algún momento tuvieron el temor a la ley o las disciplinas del cuerpo (Schmitt, 2014, 24) en el diagrama de poder.

En un caso, se trata de un imperativo autoimpuesto, pues el sujeto neoliberal emprendedor de sí mismo busca ser exitoso y competente en diferentes planos y escenarios como la familia, el trabajo, las amistades, el amor, etc. Y para conseguirlo despliega una serie de estrategias vitales, a través de las que dichos ámbitos de vida quedan incorporados a la dinámica de la competitividad y el cálculo. En el otro caso, en aquel que tiene que ver con el otro costado de la jerarquía social, por supuesto, se utiliza la competitividad como un mecanismo de control menos persuasivo y más imperativo, en tanto que, en el seno de una competencia que se ha convertido en la práctica constitutiva de la coexistencia social, ésta obliga a los sujetos a autorregularse con el fin de no quedar excluidos del sistema.

En el mundo del trabajo, por ejemplo, la implementación de las diferentes formas de precarización laboral va de la mano de la individualización de la fuerza de trabajo como "capital humano", lo que implica no sólo la neutralización de las formas de resistencia colectivas, sino también la imposición de *un comportamiento atomístico* basado en la competencia entre trabajadores. Los trabajadores interpelados por ese nuevo imperativo,



siendo asalariados, terminan -como dice Jacques Bidet- trabajando para la empresa como si lo hiciesen para sí mismos.

Otro lado de la misma cuestión tiene que ver con la *responsabilización* a que son sometidos los individuos. Así como a los trabajadores operarios se les responsabiliza casi enteramente de la producción y de la calidad en los medios de trabajo postfordistas y posttayloristas (en las llamadas líneas flexibles de producción); acá a los individuos se le responsabiliza de su presente y su porvenir. La responsabilización es otro de los mecanismos de control, con el que se busca generar la autodisciplina. Estamos ante el despliegue de técnicas que también son responsabilizantes, en el sentido de que a través de ellas los individuos resultan responsabilizados de una serie de asuntos que antes eran tarea del Estado, como la procuración del empleo, la educación, la salud o la pensión. Lo que le permite al Estado, en plena crisis financiera, externalizar, con cargo a los individuos, buena parte de sus tareas, evidentemente.

En el caso del trabajador, por ejemplo, la exploración de las “capacidades creativas”, las técnicas de involucramiento, la implementación de los círculos de calidad, el énfasis en la polivalencia funcional, así como los procesos de mejora continua, son las formas en que se le responsabiliza de forma drástica de su destino y bienestar tanto individual como familiar.

El sujeto competitivo es, pues, un sujeto *esencialmente* gobernable. Y lo es a partir de la competencia y la responsabilización a que se le somete.

Para concluir esta exploración, habría que añadir que el sí mismo que de este modo se quiere constituir implica el ejercicio de un gobierno de uno para consigo mismo, esto es, una relación de mando y de dominación de uno consigo. Así como son los propios procesos y medios de producción los que se convierten en aparatos de poder para el trabajador con el proceso de subsunción real del trabajo al capital, acá el yo se convierte en una instancia de poder, pues gobierna los tiempos, la atención, el cuerpo, los sentimientos y emociones, las expresiones, la apariencia y el habla en función de la rentabilización del “capital humano”.

El hombre-empresario de sí mismo es un dispositivo identitario e individualizante, que busca organizar el comportamiento y la economía subjetiva de una cierta manera y que, para llevarlo a cabo, mantiene hacia adentro y hacia afuera una relación instrumental y cosificante, en términos de inversiones y cálculo económico. La capacidad de lenguaje, la aptitud para la conversación, la gestión de los afectos y los gestos o bien la facultad de propiciar relaciones se convierten en los terrenos privilegiados para el establecimiento de relaciones instrumentales con uno mismo.

Lo que es claro es que el establecimiento de esta nueva relación de uno consigo mismo y la apertura del mundo interior en términos instrumentales de cálculo y gobierno económicos, no es posible entenderlos como el resultado de la mera extensión de la forma mercancía, sino es necesario pensarlos en términos de subsunción.

A modo de cierre



En las páginas anteriores, hemos intentado mostrar que el neoliberalismo es un proyecto de sociedad y un proyecto político marcadamente de clase, que con la gubernamentalidad neoliberal asistimos a un Estado realmente subsumido al capital y que con la teoría del capital humano acontece una biopolítica cuya meta es acoplar la propia vida y el sí mismo a la racionalidad ajena del valor que se valoriza.

En “El sujeto y el poder”, Foucault precisó una cierta manera de entender la crítica a las tecnologías de gobierno, cuando planteó que la apuesta no es tanto hacer una pregunta abstracta sobre cómo dejar de ser gobernados, así en general, como plantearla de forma concreta, en el sentido de preguntar cómo dejar de ser gobernados *de esta manera* en específico. Si nos atenemos a este sentido y a esta dirección del preguntar, la pregunta realmente importante que nos sale al paso es: ¿cómo podemos dejar de ser gobernados de esta manera?



REFERÊNCIAS

AVELLANEDA, Aldo; VEGA, Guillermo. Governmentality Studies, liberalismo y control. Entrevista con Nikolas Rose. **Nuevo itinerario. Revista digital de filosofía**, Resistencia, Chaco, Argentina, vol. 7, núm. VII, 2012.

CASTILLO MENDOZA, Carlos A. Notas introductorias sobre la subsunción del trabajo al capital. **Iralca**, Madrid, Núm. 17, 2002, pp. 5-13. Disponible en: <https://marxismocritico.com/2013/02/20/notas-introductorias-sobre-subsuncion-del-trabajo-en-el-capital/> Fecha de consulta: mayo de 2015.

DELEUZE, Giles. **Foucault**, Barcelona: Paidós, 2003.

DUMÉNIL, Gerard. LÉVY, Dominique. Una teoría marxista del neoliberalismo. **Rebelión**, año 7. Disponible en: www.rebelion.org/docs/114472.pdf Fecha de consulta: diciembre 2015.

FAGIOLI, Andrea. Gubernamentalidad neoliberal y acumulación originaria. En: PINCHEIRA TORRES, Ivan Et. Al. (eds) **Máquinas de saber, mecanismos de poder, prácticas de subjetivación. Actas de la Primera Jornada Transdisciplinar de Estudios en Gubernamentalidad**, Chile: Ediciones Escaparate, 2016.

FOUCAULT, Michel. **La voluntad de saber**, México: Siglo XXI, 2002.

————— **El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France, 1978-1979**, Buenos Aires: FCE, 2012.

————— **Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France, 1977-1978**, Buenos Aires: FCE, 2011.

————— El sujeto y el poder. **Revista mexicana de sociología**, México, Vol. 50, Núm. 3, julio-septiembre de 1988, pp. 3-20.

Hernández Martínez, Cuauhtémoc N. Foucault. Las relaciones entre el poder y la vida. En: FERNÁNDEZ AGIS, D; SIERRA GONZÁLEZ A. (eds). **La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el efecto Foucault**, Barcelona: Laertes, 2012.

————— **El dispositivo sexo-género**, Guanajuato: Universidad de Guanajuato-Cátedra de Filosofía y Literatura José Revueltas, 2017.

LAZZARATO, Maurizio. **La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal**, Madrid: Amorrortu editores, 2013.

MARTÍN MÉNDEZ, Pablo. Edmund Husserl en el ordoliberalismo alemán. Extrañezas, resonancias y actitudes. **Valenciana. Estudios de Filosofía y Letras**, Guanajuato, año 7, Núm. 13, enero-junio de 2014, pp. 145-172.

MATÍAS, Seidel. La fábrica de la subjetividad neoliberal: del empresario de sí al hombre

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C. N. Capitalismo y guber-namentalidad neoliberal. p. 165-190.



endeudado. **Pléyade**, Santiago de Chile, Núm. 17, Enero-junio 2016.

PATARROYO RENGIFO, Mag. Santiago. Neoliberalismo y biopolítica: onto-tecnología de la autorregulación o la producción de sí. **Revista Observaciones Filosóficas**, Chile, Núm. 14, 2012. Disponible en: <http://www.observacionesfilosoficas.net/neoliberalismoybiopolitica-foucacult.htm> Fecha de consulta: diciembre 2015

PIERBATTISTI, Damián. La teoría del Capital Humano en el tránsito del liberalismo al neoliberalismo: por una articulación Marx-Foucault. Diálogo con Jacques Bidet. **Revista Realidad Económica**, Buenos Aires, Núm. 230, noviembre de 2007.

Quijano Valencia, Olver. Biopolítica, subjetividad y economía. Vida y regulación de la desregulación. En: QUIJANO VALENCIA Olver, TOBAR Javier (compiladores). **Territorios del saber. Biopolítica y filosofías de vida**, Popayán: Universidad del Cauca, 2006.

ROSE, Nikolas. ¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno. **Revista Argentina de Sociología**, Buenos Aires, año/vol. 5, número 8, 2007, pp. 111-150.

ROSE, Nikolas; O'MALLEY, Pat. Gubernamentalidad. **Astrolabio**, Córdoba, Nueva Época, Núm. 8, Junio 2012.

ROSSI, Miguel; BLENGINO, Luis. El capital humano: competencia y mercado en el neoliberalismo. **Perspectivas. Revista de Análisis de Economía, Comercio y Negocios Internacionales**, Vol. 8, Número Especial, agosto 2014, pp. 201-222.

SALINAS ARAYA, Adán. El hombre empresa como proyecto ético político. Lecturas de Michel Foucault. **Hermenéutica intercultural. Revista de Filosofía**, Santiago de Chile, Núm. 18-19, 2009-2010, pp. 95-139.

——— Vidas precarias y ciclo vital. Documento de trabajo sin fecha de publicación. Disponible en: <https://philpapers.org/archive/SALVPY.pdf> Fecha de consulta: diciembre 2015.

SORIA Beatriz. Biopolítica y trabajo: la vida en entredicho. **Paralaje. Revista de Filosofía**, Santiago de Chile, Núm. 5/Dossier, 2010.

SCHMITT, Nancy [et. Al]. **Neoliberalismo y subjetividad: políticas de la fragmentación y el gobierno de las pasiones en la era del consumo**, Buenos Aires: Hekht Libros, 2014.

VERAZA, Jorge. **Subsunción real del consumo al capital**, México: Itaca, 2008.

WACQUANT, Loïc. Tres pasos hacia una antropología histórica del neoliberalismo real. **Herramienta**, Argentina, Núm. 49, 2015, Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-49/tres-pasos-hacia-una-antropologia-historica-del-neoliberalismo-real> Fecha de consulta: diciembre 2015

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C. N. Capitalismo y gubernamentalidad neoliberal. p. 165-190.





190



© Autor, com identificação do direito de primeira publicação da Revista Kalagatos.

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Cuauhtémoc Nattahí. Capitalismo y guber-namentalidad neoliberal: el “empresario de sí mismo” como figura extrema de la subsunción. **Kalagatos**, Fortaleza, v. 14, n. 2, 2017, p. 165-190.

Recebido: maio de 2017.

Aprovado: julho de 2017.